

“TAN PEQUEÑOS Y CON TANTA REVOLUCIÓN POR HACER”: ENTRE LA POESÍA, LA GENEALOGÍA Y LA LUCHA

Décima sesión: Organización de la lucha por la humanidad y contra el capitalismo: tiempos y escalas de la lucha; cada quien a su modo; los mecanismos de la convergencia
Seminario PPELA 2016-2. Bases materiales de la superación del capitalismo: la experiencia zapatista

La poesía

Tres anotaciones sobre la “literatura de montaña” (o la que no tiene destinatario propio), para introducir la selección de los textos de la sesión. En la *Poética* de Aristóteles, capítulo XXV, se lee: “si el poeta quiere describir la cosa con justeza, y fracasa por falta de poder de expresión, su arte mismo es defectuoso”. ¿Cómo se mide el poder de su expresión? A partir de su facultad mimética expresada en el lenguaje; es decir, de su capacidad de captar y enunciar la *naturaleza* de las cosas. Y si de las cosas de las que se hablan *están siendo*, no terminan de suceder al momento en el que se les enuncia, muy probablemente nos encontremos con frases defectuosas. Y eso son “Las instrucciones para cambiar el mundo” del Subcomandante Marcos. Su deficiencia no habría que buscarla en la mimesis realizada como palabra, sino en el hecho de que la realidad de la que habla cambia vertiginosamente.

Para los platonistas este sería un motivo de expulsión de la República. En el Libro III de la *República*, dice de los poetas defectuosos: “sus relatos no son verdaderos ni adecuados para inspirar confianza a los futuros combatientes.” Estos poetas deben partir de la ciudad, porque no dicen la verdad, la ocultan en intentos desafortunados, por adentrarse en senderos que no les corresponden

Pero esa es la labor del poeta (que según Hesíodo toma prestada de las musas olímpicas sus palabras: “sabemos decir mentiras a verdades parecidas, pero sabemos, cuando lo deseamos, cantar verdades”, *Teogonía*, proemio): la de hablar de la realidad no de una sola forma sino de muchas. Y este ser muchas cosas es un arte, no una cualidad; es decir, hay que practicarlo, innovarlo y no sólo pensar que ahí está para ser usado.

La poesía es pedagógica, no por sus resultados formales y por el manejo de la técnica. Es pedagógica por el esfuerzo de hablar de una realidad y comunicar a otros lo visto. Su valor no sólo está en la forma, más importante es la materia que la construye, la vida de la que intenta dar cuenta, la realidad de la que habla. Por eso, Aristóteles decía (en el capítulo IX de la *Poética*): “de aquí que la poesía sea más filosófica y de mayor dignidad que la historia, puesto que sus afirmaciones son más bien del tipo de las universales, mientras que las de la historia son particulares”. La poesía habla de las cosas reales, las desaparecidas y las inexistentes; es una máquina de generar interpretaciones (como diría Humberto Eco).

La poesía es como la lucha y de ahí que a veces para hablar de la lucha haya que hacerlo a través de la poesía, aunque esta sea defectuosa; para darnos cuenta que ambas tienen una cualidad de espejo, donde nos podemos mirar y darnos cuenta que “uno no es lo mejor de sí mismo” (Sub Marcos).

La genealogía

Y como toda poesía es un diálogo de cosas ya dichas por otros, hay un diálogo interminable con el mundo. Lo mismo con la lucha, que es una historia interminable, que mantiene una secreta conexión con las vidas de otros que lucharon (Benjamin). La lucha y la poesía son dos caminos por la muerte para el cultivo de la vida; son las memorias de los muertos y de las derrotas por un mundo de autodeterminación. Por eso no son actos individuales, aunque a veces en soledad se realicen, porque hay un diálogo con el pasado.

No hay lucha sin raíces, como no hay poesía sin clásicos. La experiencia del tiempo histórico y la expectativa de un tiempo venidero es una de las condiciones de todo proyecto de transformación. Por eso las luchas, como la poesía, construyen sus genealogías, sus relaciones con el tiempo: la espera y la expectativa, que no son actos contemplativos, sino intervenciones sobre el tiempo mismo, modificaciones de la realidad y de las maneras de enunciarla.

Esto es posible sólo como un acto ético, como una actitud y como un espacio de resguardo. Hacer actual el pasado no es un simple acto de recordar, es un compromiso por el respeto a las vidas y a las muertes que habitan ese pasado; al mismo tiempo esas vidas y esas muertes son una zona de refugio, un espacio de protección, por en ellas viven las esperanzas y los proyectos por hacer del mundo una pluralidad de existencias.

No hay esquemas para hacerlo, como no hay recetas para escribir poesía. Todo intento, aunque termine en caída o en poesía defectuosa, implica ya una conexión con el pasado. El reto es mantenerla y fortalecerla, hacer de las muertes y de las derrotas materiales para la construcción de otro mundo. Hasta eliminar lo defectuoso de la poesía y la lucha.

La lucha

El reto es hacer explícito ese diálogo con el pasado de las rebeldías, encontrar los vasos comunicantes de una historia que avanza a saltos y que hace del pasado lejano una cercanía activa en el presente. En la lucha, como en la poesía, siempre se empieza de nuevo para reconstruir las genealogías de esas historias ya contadas. Lo más difícil es decidir levantarse y arrancar de nuevo.

Pero sin levantarse no hay lucha posible. Y levantarse presupone ya el inicio de un diálogo con las historias pretéritas, un esfuerzo por reconocerse en ellas para mirar hacia adelante, para encontrarse en el camino con las voces de los sin rostro, “con los ecos de las montañas”. Este diálogo se enfrenta contra el olvido impuesto por la sociedad del poder, contra las luchas y las poesías de los que trabajan para cultivarse un mañana.

La lucha como la poesía sirve para suspender el silencio de vergüenzas y angustias, para regresar la dignidad al rostro de los invisibilizados; el mundo posible que las habita convoca a los sueños del mundo, de otros muchos que luchan y hacen poesía, a los humanos que tienen esperanzas y cultivan un presente que dure hasta el mañana. La poesía y la lucha responden a la muerte con la vida.

Las luchas como la poesía son un eco interminable de voces convergentes, en las que en las voces de unos se escuchan las voces de otros, construyendo una red de voces que hablan, se escuchan y pelean para encontrarse en el mundo en el que quepan todas las palabras que cultivan la vida.